

Voloschin, Clarisa (agosto 2005). *Un enfoque histórico sobre el vínculo padre-hijo : Nuevas problemáticas adolescentes*. En: Encrucijadas, no. 34. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

UN ENFOQUE HISTORICO SOBRE EL VÍNCULO PADRE-HIJO

Nuevas problemáticas adolescentes

En principio, la adolescencia, como período intermedio entre la niñez y la juventud, es un fenómeno propio del siglo XX y el siglo XXI lo ha heredado con mayor potencia. La “rebeldía” adolescente tiene como función social la introducción de cambios sociales vinculados al desarrollo de la evolución humana. Si tomamos como eje esta hipótesis, podemos comprender la crisis de autonomía que va teniendo el ser humano en el tránsito de su adolescencia.

Clarisa Voloschin

Socióloga, UBA. Profesora titular de Sociología de la infancia, adolescencia y juventud, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Antecedentes históricos

Antes del siglo XIX, el período asignado a la adolescencia era mucho más corto, ya que también la esperanza de vida lo era. Y se caracterizaba por intentar romper algunas reglas sociales que marcaban el buen comportamiento del hijo hacia el padre. De esta situación, existe mucha producción literaria. Desde Romeo y Julieta de Shakespeare, hasta El sí de las niñas de Moratín.

Lo que aportan los argumentos de dichas obras es la necesidad de unirse por amor y no por las convenciones sociales. Esto refleja la ruptura de un orden medieval que se caracterizaba por dividir la sociedad en estamentos, sin posibilidad de ascenso social, y su reemplazo por una sociedad mercantilista y, posteriormente, industrial donde el ascenso social queda ligado al capital y al trabajo y, por consiguiente, necesita de hombres que puedan aspirar a cambiar su destino.

Desde este nuevo paradigma, es que se abre la primera puerta para “rebelarse” contra el viejo sistema de enlaces matrimoniales. Dentro de una estructuración de reglas y normas vinculada a la igualdad es que surgen los movimientos tendientes a lograr la independencia de los “dominados”: esclavos, mujeres y niños.

El siglo XX

Llegando al siglo XX, cambian sustancialmente las condiciones de vida. Los alcances de la medicina desarrollada llevan a prolongar la esperanza de vida: para esto ayudan mucho los partos hospitalarios institucionales y una mejor alimentación de la población. Es en la década del '40 que aparecen las vacunas y los antibióticos como terapéutica poblacional y desde allí comienza una escalada ininterrumpida de la prolongación de la vida. En la década del '50, la población había llegado a una edad de 60 años y más, con lo cual la adolescencia empieza a alargarse.

Si a esto le sumamos que el mundo del trabajo se complejiza y se necesita cada vez más información para entrar en el mercado laboral, estamos frente al fenómeno que se ha dado en llamar el adolescente temprano y tardío.

Mitos asignados a los roles de padre e hijo

En esta secuencia histórica, los padres y, a través de ellos, la sociedad han jugado roles fundamentales: han sido los “represores” del cambio propiciado por sus hijos: su forma de vestir, de comportarse, su búsqueda de afirmación como pasaje a la autonomía. Esto era visualizado como falta de respeto a la autoridad paterna, que estaba representada por el “código de buenas maneras”. “Buen hijo” era aquel que era obediente y dependiente de las decisiones parentales.

La posguerra

La Segunda Guerra Mundial aporta una verdadera “revolución” en los parámetros familiares. La incorporación femenina al mercado laboral inaugura otro modelo de familia en el que la mujer exclusivamente ya no es la que cría niños y se ocupa de la salud familiar, sino que también puede aspirar a tener su propia vida laboral. Junto con esta conquista, aparecen los medios anticonceptivos femeninos que impulsan hacia una mayor independencia del modelo familiar patriarcal.

La ruptura de estos modelos también llega a la adolescencia junto con la exigencia de elegir una formación que lo habilite para entrar al mercado laboral.

Y aquí está expuesta la segunda fractura: no solamente reclaman poder casarse por amor, sino que también demandan la libertad de elegir una carrera según su vocación.

Los padres de la posguerra

Los padres de estos adolescentes, que, a su vez, fueron adolescentes en la década del '30, se imponen como represores de este cambio, lo cual da lugar a la movida adolescente de los '60 y '70: mayo del '68 en París, revueltas estudiantiles en América Latina, surgimiento de los Beatles y el consiguiente cambio en la vestimenta de los adolescentes.

Esta misma generación es la que decide no perder la adolescencia y, entonces, “legítima” la rebeldía adolescente, de forma tal que, al ser padres, no reprimen la rebeldía adolescente, sino que la incorporan a su vida actual y, en algunos casos, llegan a comercializarla.

Situación actual

Llegamos, entonces, a las condiciones actuales del vínculo padre-hijo que da lugar a las nuevas problemáticas adolescentes.

En la medida en que la adolescencia se ha prolongado mucho más allá de los 25 años, la necesidad de autonomía se posterga en las clases altas e intermedias, mientras que las familias carenciadas han acortado el período de dependencia infanto-juvenil. Y entonces tenemos una población infantil y púber incorporada prematuramente al mercado de trabajo no convencional: venta callejera, chicos en la calle, etc.

Estamos describiendo diferencias sociales relevantes entre ambos grupos. Mientras que las clases altas y medias pelean por acomodar sus hijos para no perder el estatus familiar, las emergentes y pauperizadas reciclan la pobreza más allá de los cambios culturales y laborales típicos de una sociedad industrial. En tanto que las clases altas generan un adolescente que prolonga su dependencia económica más allá de los 30 años, conformando un joven con aspiraciones de confort y consumo típicos de finales del siglo XX e inicios del XXI, las clases más desprotegidas son vulnerables al embarazo adolescente, al riesgo de drogarse y delinquir.

El desafío del futuro

El desafío del siglo XXI es encarar el vínculo padre-hijo de maneras que respondan a las exigencias de necesidad y satisfacción de ambos términos de la relación: romper el mito de que el amor paternal es absolutamente incondicional. A esta altura, sabemos que la estructura genética que aporta el niño (hiperactividad, irritabilidad, algunas discapacidades) incide en la capacidad de tolerancia de sus padres. El mito del amor incondicional es un obstáculo en el vínculo con el hijo, ya que, si siente rechazo, se autoevalúa como mal padre, no dando lugar a un mutuo aprendizaje de la tolerancia y el amor.

El otro mito que está jugando con un peso considerable es el del “amor” del hijo hacia el padre, lo cual también implica que si el hijo no “atiende” correctamente a su padre, tampoco cumple con su deber filial.

También en este siglo se presenta un nuevo desafío: la relación entre hermanos. La concurrencia cada vez mayor de niños a los jardines maternales por necesidad laboral de las mujeres, termina por hacer desaparecer las relaciones afectivas entre hermanos y primos del mismo grupo familiar, reemplazadas por los vínculos entre pares en el ámbito educativo. Esto produce la percepción social de que los adolescentes forman un “clan” al cual el resto de la sociedad no accede: en la medida en que no se comprende, se depositan fantasías y deseos que no tienen relación con la realidad que viven estos chicos. Nos estamos refiriendo a visualizar el cuerpo adolescente como el único cuerpo erótico posible y suponiendo que tienen una libertad en el ejercicio de la sexualidad que los más adultos no han tenido. Por otra parte, se “compite” con las formas de vestir de los más jóvenes.

Lo interesante de este desafío es poder establecer un vínculo de autoridad sin el autoritarismo que fue el modelo predominante en los siglos anteriores. Tal vez ahora podamos construir un enlace sobre la base de aprendizajes mutuos, pero con un reconocimiento de una relación asimétrica. Es decir: el padre no renuncia a su experiencia vital, sino que la ofrece como una visión posible ante las diferentes elecciones que va a tomar su hijo a lo largo de su crecimiento y desarrollo, dándole la libertad a ese hijo de poder expresar también su opinión en una co-construcción con su padre y sus hermanos sobre estas mismas decisiones.